

Jueves 08 de agosto del 2002

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Políticamente incorrecto

Todas las encuestas sobre el nivel de aceptación o aprobación de la gestión gubernamental encabezada por Vicente Fox arrojan como resultado una importante caída porcentual al mes de junio de 2002. Por ejemplo, el periódico Reforma reportó que entre febrero de 2001 y junio de 2002 la caída fue de 13% (pasando de un 70% a un 57%); la empresa Consulta Mitofsky encontró un deslizamiento de casi 20 puntos porcentuales (en febrero de 2001 era de 69.7% y en mayo de 2002 de 50.1%). Si tomamos los datos de los primeros 18 meses de gobierno de los ex presidentes Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo y los comparamos con el mismo periodo del gobierno de Vicente Fox Quesada, podemos comprobar que éste último ha tenido la caída más drástica en la popularidad (la información estadística referida proviene del artículo de Ulises Beltrán, "La popularidad del Presidente", publicado en Nexos 295, México, julio de 2002).

Fox tomó posesión contando con un enorme capital político conseguido en las urnas y, sobre todo, en su larga campaña por la Presidencia que se extendió por dos años. Sin embargo, ha sido el Presidente que más rápidamente ha echado por la borda la aceptación de sus electores.

La paradoja es que las virtudes que la sociedad encontró en su persona en su prolongada campaña se convierten en defectos ya como gobernante. En una entrevista televisada recientemente Fox le contestaba al periodista Joaquín López Dóriga que "ciertamente se sentía más a gusto como candidato"; añorando esa condición, ahora comprueba que del dicho al hecho hay mucho trecho.

Las múltiples promesas y las expectativas que despertó se convierten en cuentas pendientes ante la distancia con la posibilidad real de llevarlas a cabo. No es un problema de que su Gobierno no haga nada; se trata de que es prácticamente imposible cumplir con todo lo que prometió.

Me parece que en ese contexto tuvo lugar la reciente visita del Papa Juan Pablo II a nuestro país. Para la Iglesia Católica se trataba de reafirmar la presencia del catolicismo como religión hegemónica frente a, por un lado, el avance inevitable de las otras religiones y, por el otro, tratar de revertir la brecha que se está dando entre la profesión de la fe católica y las prácticas sociales cotidianas.

Como se sabe, México es el segundo país con el mayor número de feligreses católicos en el mundo después de Brasil. Se calcula que en nuestro país el 90% de la población pertenecen a esta religión. Sin embargo, internamente hay opiniones y posiciones divergentes acerca de cuestiones fundamentales de la vida social: Por ejemplo, frente al aborto y el control natal, la educación, el culto público o el celibato. Al lado de este "amplio proceso de secularización", como lo califica el investigador de El Colegio de México, Roberto Blancarte, existen presiones de grupos conservadores por hacer prevalecer sus puntos de vista y concepciones acerca de puntos torales de la vida mexicana; Por ejemplo el Grupo Pro-Vida, que hoy demanda la prohibición de la transmisión de la película "El crimen del padre Amaro".

Así, la quinta visita del jefe de la Iglesia Católica sería capitalizada políticamente por el Gobierno de Vicente Fox y por la Iglesia mexicana para pugnar por la unidad de sus fieles y para acortar la brecha entre prácticas seculares y vida religiosa. Todo iba bien, hasta que llegó el controvertido beso de nuestro Presidente al anillo papal.

Un acto que pudo haber sido premeditado para ganar la popularidad de la mayoría de mexicanos, se ha convertido en un asunto de controversia innecesario. De nuevo, Fox mal aconsejado o dejándose llevar por lo que el considera su derecho a la libre práctica religiosa, cometió un acto imprudente. No se trata de rasgarse las vestiduras criticando la militancia católica del señor Vicente Fox, pero tampoco se justifica de que en aras de romper con la hipocresía de la clase política del pasado hiciera tan evidente su militancia.

No creo que el famoso beso sea un problema moral o legal. Fue, sin duda, una imprudencia y un acto políticamente incorrecto. Ciertamente no violó ninguna ley, pero hizo a un lado a una parte de la sociedad que constitucionalmente tiene derecho a profesar otros cultos religiosos.

Pero también, violó el espíritu de la separación del Estado y la Iglesia o si se quiere del Estado laico; tema controvertido de nuestra historia. Ante la pregunta de cuál era su opinión sobre la actuación del Jefe de Gobierno, el maestro emérito de la UNAM, el doctor Ignacio Burgoa, respondió: "Al presidente le fallan sus asesores legales y no sabe de historia nacional. Los ex presidentes no eran hipócritas al realizar en privado el culto religioso. Eran más respetuosos, y, sobre todo, más inteligentes políticamente".

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.